

Editorial

“Mal” de muchos: la influencia del inglés en el español médico

F. RUBIO MARTÍNEZ

Director del Departamento de Lenguas. Universidad de Utah. EE.UU.

Las estanterías de las librerías, las columnas de muchos de los periódicos o incluso las páginas de algunas publicaciones científicas están llenas de alusiones y comentarios, casi siempre críticos, sobre el “mal uso” del español por parte de muchos de nuestros profesionales. Lo que se critica con más asiduidad es la perniciosa influencia del inglés en nuestra lengua que se transmite, sobre todo, a través de internet y del lenguaje científico.

Que el inglés tiene una influencia notable en todas las lenguas del mundo es un hecho que no se puede negar. Hace ya 15 años, el director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, Pere Alberch, abrió su intervención en el coloquio europeo *Sciences et Langues en Europe*, celebrado en París, con las siguientes palabras: «But, languages? There is no plural in contemporary, top level, basic science: English is THE language of communication and it never occurred to me that anybody who knows anything about the dynamics of science today would even question the issue»⁽¹⁾. La cuestión, desde entonces, sólo se ha hecho más evidente.

También es indiscutible que esta influencia toca la fibra más sensible de muchos hablantes e incluso llega a la conciencia de identidad nacional de algunos países. L'Académie française, por ejemplo, ha condenado el uso de anglicismos como *software* o *email* en favor de neologismos franceses como 'logiciel' y 'courriel' respectivamente. Sin embargo, la influencia de una lengua en otra cuando se da una

situación de contacto supone una de las principales fuentes de riqueza e innovación de las lenguas. Es, además, un fenómeno perfectamente normal y habitual desde el punto de vista de la variación histórica. La historia de nuestra lengua está llena de ejemplos de influencia de otras lenguas con las que ha entrado en contacto, y también sobran ejemplos de la resistencia inútil de algunos críticos. Ya en el siglo XVIII algunos autores españoles censuraban *detalle*, *favorito*, *interesante* o *modista* por considerarlos galicismos⁽²⁾. Tres siglos después todas estas palabras y muchas otras tomadas de otras lenguas forman parte del vocabulario habitual de la mayoría de los hablantes.

Lo que convierte a la situación actual en diferente y quizá en un mayor desafío, es que el fenómeno de la preponderancia del inglés ha ocurrido en un periodo de tiempo muy corto –ha pasado de casi inexistente a casi absoluta en medio siglo– y, por lo tanto, los usuarios de la lengua no han dispuesto del tiempo necesario para asimilar esta influencia y adoptarla como algo natural. En el mundo de la ciencia y la tecnología del siglo XXI, las innovaciones –y el vocabulario que las denota– ocurren tan rápido, que la propia lengua no tiene los recursos para adaptar esta influencia. Por eso los préstamos de otras lenguas se toman a menudo intactos, lo que contribuye a hacerlos todavía más perceptibles. Para darse cuenta de la celeridad con la que se ha impuesto el inglés basta mencionar, como cita Navarro⁽³⁾,

¹ Pero, ¿lenguas? En la ciencia básica contemporánea del más alto nivel no hay plural. El inglés es la única lengua de comunicación y en ningún momento se me ha pasado por la imaginación que nadie que tenga la más mínima idea de cómo funcionan las ciencias hoy en día siquiera lo cuestione.

Correspondencia: Dr. Fernando Rubio Martínez. Department of Languages and Literature. University of Utah
255 S. Central Campus Dr. Room 1400. Salt Lake City, UT 84112
Correo electrónico: fernando.rubio@utah.edu

© 2009 Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León
Éste es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Reconocimiento-No Comercial de Creative Commons (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/>), la cual permite su uso, distribución y reproducción por cualquier medio para fines no comerciales, siempre que se cite el trabajo original.

que el tanto por ciento de referencias bibliográficas en inglés en las revistas médicas españolas pasó de un 8% en 1935 a un 80% en 1995. En la misma línea y en un artículo reciente de este mismo Boletín, Solís Sánchez et al. demuestran que el porcentaje de citas españolas que aparecen en esta publicación entre 2005 y 2008, apenas llega al 30%⁽⁴⁾. Es decir, la mayoría de los textos científicos que leen nuestros médicos están escritos en inglés.

En estas circunstancias, pues, quizá sea útil disponer de criterios lingüísticos que nos permitan juzgar cuándo esta influencia es necesaria y productiva y cuándo no pasa de ser afectación o barbarismo innecesario. Por la obligatoria brevedad de este editorial, me limitaré aquí a clasificar las influencias del inglés en el lenguaje de las publicaciones médicas empezando por las más justificables desde el punto de vista lingüístico –las léxicas– y terminando con las que serían perfectamente prescindibles –las sintácticas.

La influencia de unas lenguas en otras se refleja fundamentalmente en el plano léxico, es decir, con la adopción de vocabulario en forma de préstamos. El préstamo es un proceso normal dentro de la relación sincrónica y diacrónica entre lenguas y además es uno de los procesos con los que más se enriquece el vocabulario de una lengua. A menudo se incorporan palabras de otro idioma a la vez que sus referentes (objetos, actividades, etc.) para los que la lengua receptora todavía no tiene una entrada léxica. En este caso los préstamos se hacen necesarios salvo que la lengua que los toma sea capaz de crear un neologismo de aceptación general antes de que se adopte el término extranjero. Estos préstamos pueden ser intactos, es decir, palabras tomadas del inglés sin modificación ortográfica (*software*), o con las mínimas modificaciones ortográficas necesarias para adaptarlas a las reglas fonotácticas del español (*estrés, escáner*). Quizá por ser los más obvios, los préstamos de este tipo suelen ser los más criticados. Sin embargo, no debería considerarlos especialmente ofensivos nadie que tenga en su vocabulario habitual préstamos léxicos sin modificar como *jazz* o *pizza*; y otros ya modificados como *aparcar*, del inglés 'park', o *gol*, de 'goal'.

Sin duda merecen más atención y pasan más desapercibidos los casos en los que se toma una palabra del inglés y se usa su traducción literal en español, aunque ésta tenga un sentido diferente. Y merecen más atención por dos razones: casi nunca son necesarios puesto que el español dispone ya de un término equivalente, y son peligrosamente ubicuos. Estos son algunos de los más frecuentes en publicaciones médicas: *manejar* (en lugar de *tratar*); *invasivo* (sólo existe en español con sentido bélico); *agresivo* (siempre tiene en español connotaciones negativas, de violencia); *severo*

(por *grave* o *intenso*); *rutinario*; *condición* (por *enfermedad* o *afección*); *evidencia* (por *indicios, datos*); *balance* (por *equilibrio*); *visualizar* (significa *formar en la mente una imagen visual*; no es sinónimo de *ver*); *asumir* (*suponer, creer, sospechar*). Muchos de estos términos de origen inglés están ya desplazando a sus correspondientes en español.

Algunas veces incluso se toman palabras directamente del inglés y se crean neologismos innecesarios, probablemente sin que el autor sea siquiera consciente de ello. Estos son, sin duda, los más cuestionables de todos los préstamos léxicos. He aquí algunos que han aparecido en artículos recientes de este Boletín: *depleción* (en lugar de *disminución*), *monitorizar* (por *controlar, comprobar*), *randomizar* (por *distribuir al azar*), *resucitación* (por *reanimación*), *subsecuente* (por *subsiguiente*).

Como indicaba más arriba, quizá la influencia más criticable es la que afecta a la sintaxis. Aunque no tan frecuente como la influencia léxica, la sintáctica es menos llamativa y, por lo tanto, más difícil de evitar. La influencia sintáctica del inglés más evidente en los escritos científicos españoles es el abuso de la voz pasiva. En inglés, la pasiva es casi el único recurso disponible para restarle agentividad a la oración. En español, en cambio, disponemos de varios recursos más simples, igualmente eficaces y, por tanto, preferibles cuando no nos interesa identificar o enfatizar el agente de un verbo. Construcciones como *el paciente fue tratado* o *los sujetos fueron vacunados* aparecen con altísima frecuencia en las publicaciones médicas en español. Pero nuestra lengua prefiere siempre las construcciones impersonales con *se* del tipo *se trató al paciente* o *se vacunó a los sujetos*.

Otro ejemplo de intrusión sintáctica tan cacofónica como la anterior es el abuso del gerundio. El uso correcto del gerundio en español y la perniciosa influencia del gerundio inglés en las publicaciones científicas merecería un capítulo aparte. Sólo voy a mencionar aquí dos usos que se deben evitar, ilustrados con ejemplos aparecidos todos en este Boletín.

El gerundio "de posterioridad" es frecuente en inglés pero inapropiado en español. En nuestra lengua, el gerundio siempre denota simultaneidad y no debe, pues, usarse para describir una acción que ocurre posteriormente a la del verbo principal. He aquí unos ejemplos de este uso junto con una opción entre paréntesis más acorde a las normas sintácticas del español:

- "El manejo inicial fue en un hospital general, requiriendo posteriormente apoyo con ventilación mecánica." (*y requirió*)
- "[...]localizado en las extremidades desde los tres años de vida, añadiendo disfagia y disfonía a partir de la pubertad." (*que añadió*)

- “En los tres casos se demostró deficiencia de C1-INH, siendo diagnosticados de angioedema hereditario.” (y fueron)

Tampoco debe usarse el gerundio cuando no existe simultaneidad, sino que lo que se busca es una modificación adjetival de un sustantivo. Por ejemplo:

- “Se realiza broncoscopia y lavado broncoalveolar confirmando la posición de la carina hacia la izquierda.” (que confirman)
- “[...]muy especial en los hermanos, siendo considerados por la mayoría de los autores[...] (que se consideran)
- “la asistencia que se prestaba en los ambulatorios [...] era individualista, sin relación con otros profesionales, atendiendo fundamentalmente a una pediatría curativa.” (y atendía)

Como lingüista, mi tarea principal es la de describir los hechos de una lengua. La propia lengua, con el paso del tiempo, ejerce de juez sobre las influencias externas. No he pretendido aquí hacer una lista ni un análisis exhaustivo de los casos de influencia del inglés en el español médico. Mi objetivo sólo es dar unas pautas de actuación y unos crite-

rios que les permitan a los colaboradores de este Boletín actuar en consecuencia para anticipar, y quizá incluso determinar, el diagnóstico definitivo que irremediablemente emitirá la lengua española sobre la influencia del inglés. De momento, evitemos las injerencias sintácticas en el español y limitemos las léxicas a aquellas para las que el español no dispone de términos equivalentes.

BIBLIOGRAFÍA

1. Alberch P. Language in Contemporary Science: The Tool and the Cultural Icon. En: Chartier R, Corsi P, dirs. Sciences et langues en Europe. Bruselas: Comisión Europea; 2000. p. 249-56.
2. Lapesa R. Historia de la Lengua Española. Madrid: Gredos; 1991. p. 454.
3. Navarro FA. El inglés, idioma internacional de la medicina: Causas y consecuencias de un fenómeno actual. Panace@ 2001; 2: 3.35-51.
4. Solís Sánchez G, Suárez González A, López Avello ML, Menéndez Arias C, Fernández Fernández EM, Morán Poladura M. Citas bibliográficas de los artículos del Boletín de Pediatría: ¿por qué no citamos a nuestros colegas? Bol Pediatr 2009; 49: 105-109.